

¿Qué es lo que anhelas?

Me eché hacia atrás y me caí de culo al suelo cuando una voz me habló desde el centro de mi ser. Debido a la vibración, me temblaban los músculos de los brazos y de las piernas. El cuchillo se me cayó al suelo cuando repitió la pregunta.

—Po-poder —tartamudeé parpadeando muy rápido—. Para que no puedan rechazarme.

Me hormigueaba la piel. Aun así, me incliné hacia delante.

Y ¿qué darías para obtener poder?

—Cualquier cosa. —Recé apretando el puño, que me sangraba. Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. Estaba dispuesta a derramar más sangre, estaba dispuesta a que aquello fuera verdad e incluso algo más. Y lo decía en serio, no me quedaba otra.

No pensaba volverme a casa sin nada.

—Tómalo —me atreví a balbucir.

Gateé hasta que las rodillas de mis vaqueros se quedaron empapadas, hasta que el olor metálico de la sangre me llenó la nariz. Hasta que mis manos se sumergieron en el líquido rojizo y no le quedó más remedio que tomarme a mí.

Algo ardiente y afilado me sujetó el tobillo. Y entonces el suelo de piedra desapareció bajo mis pies y algo me arrastró hacia abajo, hacia el vacío más absoluto.

The image features a central title surrounded by ten black feather silhouettes of various shapes and sizes, some with soft shadows beneath them. The feathers are arranged in a circular pattern around the text.

PARTE UNO: DEVOCIÓN

CAPÍTULO 1

Siempre queríamos ser a toda costa la chica que se muere. Necesitábamos demostrar con cuánto dolor bailábamos, con cuánta belleza fallecíamos en todos los números, en todas las pruebas. En cualquier sala había la oportunidad de que admiraran nuestro elegante sufrimiento.

Y ese día no fue ninguna excepción.

El reloj se acercaba al momento de las pruebas para *Giselle*, y la desesperación y el ansia densificaban el ambiente del pasillo. Las pálidas bailarinas abarrotaban las ventanas del estudio, se daban codazos unas a otras para tener mejor visión de las solistas que hacían una demostración, de los jueces, de la junta directiva y de nuestros profesores. La gente que tenía nuestro futuro en el ceño fruncido había hablado con nuestros profesores, que nos habían visto elevarnos y estamparnos durante ocho años seguidos, seis de los cuales fui la número uno de mi clase. Siempre nos habían dicho que bailar significa compartir una parte de ti misma con el público; bueno, pues había llegado el momento de dárselo todo. En cuanto cruzáramos ese umbral, ninguna de nosotras saldría entera.

«Tomadlo», suplicaban las palmas apoyadas en el cristal. «Tomadme por completo, me estoy ofreciendo».

Contuve la necesidad de observar a mis verdugos y me alejé de la multitud. Nuestro último año en la Academia de Ballet de París estaba llegando a su fin y cada prueba era más importante que la anterior. La de ese día era para *Giselle*, nuestra última función antes de graduarnos, y el próximo estreno para la com-

pañía, el Ballet de París, con el que podríamos dar vueltas vestidos con lujoso satén y tul en uno de los mejores escenarios del mundo. Lo que mostrásemos ese día importaba porque era lo que todos recordarían de nosotros al día siguiente. La chica que lograra el papel protagonista sería la que ellos querrían tener al cabo de tres meses como aprendiz.

Por lo tanto, mis zapatillas debían estar perfectas, ya no había tiempo para justificar un calzado inadecuado, y eso importaba más que analizar a cualquier juez. *Madame* Demaret, que era profesora tanto en la academia como en la compañía, nos había dicho durante nuestra primera clase de punta:

—Las zapatillas son una extensión de vuestros pies. —Y las mejores zapatillas requerían un delicado equilibrio: lo bastante rígidas para alzarte, pero silenciosas hasta la saciedad y con la forma adecuada. Firmes, pero maleables. Y siempre preciosas.

Igual que la bailarina perfecta.

—Qué raro que hayan traído a Joséphine Moreau para que nos enseñe cómo hay que hacerlo —exclamó Vanessa con voz alta desde la ventana mientras se retorció el colgante con un diamante que le rodeaba el cuello—. Como si no la viésemos bastante ya en los carteles de *Cenicienta* que hay por toda la ciudad.

Con la cabeza gacha, me concentré en el par de zapatillas nuevas que tenía en el regazo. El satén rosa claro seguía impecable, las suelas rayadas y los zurcidos no se habían oscurecido por los giros ni se habían raído, la tela estaba limpiísima a ambos lados y en el talón, donde yo había cosido un lazo de seda elástico. Había empezado a personalizarlas la noche anterior para librarme de los nervios con el crujido del empeine y del talón, golpeándolas contra el suelo y estampando la punta en las puertas para suavizarlas un poco. No tenía diamantes, padres famosos ni una piel pálida con la que deslumbrar al mundo, pero tenía esas zapatillas. Y cuando terminase el período de demostración,

cuando llegase el momento de que los jueces me observasen, estarían perfectas.

Y yo también lo estaría.

A las chicas como yo no les quedaba más remedio si querían encontrar su lugar.

—La semana pasada, oí decir a alguien en el vestuario que Joséphine mata a las bailarinas peores que ella y se bebe su talento. —Olivia, con el pelo negro y liso recogido en un moño impoluto, sonreía desde el sitio que ocupaba junto a la ventana.

—Menuda tontería —mascullé mientras les daba la vuelta a las zapatillas y las sacudía un poco. Las historias en las que se metían esquirras de cristal, chinchetas y agujas dentro de algunas puntas antes de las pruebas estaban tan manidas que era imposible creérselas.

Y cada mes que pasaba se propagaba un nuevo rumor acerca de la nueva *étoile*, Joséphine Moreau, y su veloz ascenso a la fama; rumores oscuros, estafalarios o perversos. Era una leyenda urbana de carne y hueso, y todo el mundo conocía a alguien que había visto algo inapropiado: que había seducido a miembros de la junta, que los había sobornado con grandes cantidades de dinero, que había bebido sangre de algún inocente. Lo único que sabíamos a ciencia cierta era que se le abrían todas las puertas y que tenía más ofertas de las que podía aceptar. El mes anterior incluso rechazó ir a Moscú.

Pero daba lo mismo lo que cualquiera de nosotras pensara. Casi todas las que entraban en la compañía también tenían un apellido famoso o una herencia lo bastante grande como para dejarte a ti en ridículo, pero Joséphine no había contado ni con una cosa ni con la otra para labrarse su camino. No solía pasar que una doña nadie ascendiese hasta la élite social, y que Joséphine hubiera llegado tan alto y tan deprisa... aterrorizaba a la flor y nata. Lo bastante como para inspirar infinidad de chis-

morreos. La gente siempre inventa excusas para negar el éxito de los demás.

—Es evidente que es una bruja —gruñó mi mejor amiga, Coralie Baumé, en tanto avanzaba entre la muchedumbre sin echar un vistazo al interior de la sala—. Tiene que ser eso. Incluso a mi madre le encanta.

Arrugó la nariz con desagrado antes de concentrarse de nuevo en el bollo de caramelo pegajoso que sostenía. Era la única que tenía hambre, una chica muy agradable de piel marmórea, sin poros, y aterrizó a mi lado con un saltito carente de elegancia. Esas historias no la afectaban tanto como a las demás. Unos cuantos mechones dorados se habían soltado de su desaliñado moño francés.

Rechacé el bocado que me ofrecía sin hablar y me alisé el pelo, ya engominado, para contener la necesidad de responderle que a Rose-Marie Baumé lo único que le encantaba era ella misma. En cierto modo, aunque descendiera de la realeza del *ballet*, Coralie lo tenía peor que yo, que estaba completamente sola.

Vanessa miró hacia atrás con el ceño fruncido.

—Coralie, tú solo la odias porque a tu madre le gusta. Qué poco partido le sacas a la madre que tienes.

La última frase la pronunció con un suspiro soñador que hizo que Coralie dejara de masticar. Nadie más que yo vio las dudas de su mandíbula, el vacío de sus ojos. Desaparecieron tan rápido como habían aparecido.

—De todas formas —terció Olivia—, yo también he oído decir que es una bruja. Cuando estaba en la academia, una de sus compañeras la pilló robando pelos de un cepillo para un embrujo o algo así. Incluso intentó reclutar a Nina Brossard para su aquelarre...

—¿Eso fue antes o después de que la vieran bañándose desnu-

da en el Sena una noche de luna llena? —salté mientras giraba sobre los dedos de los pies.

En el pasillo se hizo un silencio gélido. Cuando levanté la cabeza, vi que Vanessa, Olivia y las demás me fulminaban con la mirada para dejar claro como el agua que yo no debía pronunciar palabra. Porque yo no era como ellas, no en las cuestiones que importaban de verdad: no era rica ni blanca, no había nacido con ínfulas de supremacía moral. Para romper el silencio sepulcral, Coralie echó la cabeza hacia atrás y rompió a reír, con lo que los pedazos de caramelo que masticaba quedaron a la vista de todo el mundo.

La puerta metálica del estudio se abrió con un sonoro chirrido justo cuando me calzaba las zapatillas, y se me aceleró el corazón. Mis compañeros de clase salieron corriendo por el pasillo y las conversaciones se transformaron en susurros. Yo me quedé donde estaba. Los lazos y las cintas de mis zapatillas de punta se escurrían de mis dedos temblorosos.

—Si Vanessa sigue haciéndole tanto la pelota a mi madre, saldrá volando con tanto bote. —Coralie se burló con la boca llena antes de lamerse la canela y el caramelo de los dedos—. ¿Preparada para quitárnoslo de encima, Laure?

No me moví. Demasiado floja, demasiado apretada; la cinta se arrugaba en lugar de quedarse plana. Me quedé inmóvil, atándome y desatándome las zapatillas, ignorando a mi amiga y la puerta abierta, esperando a que se me estabilizara el pulso para poder entrar en la sala y exigir mi futuro.

Unas manitas cálidas se posaron sobre las mías. Unos ojos grandes y verdes, como los de una muñeca, se colocaron frente a los míos. Coralie tenía pegotes de rímel sobre las largas pestañas.

—¡Ey! No te pongas nerviosa...

—Qué fácil es decirlo, Cor —le espeté con los dientes apreta-

dos—. Sabes que la presidenta Auger y Hugo Grandpré están ahí dentro, ¿verdad?

Coralie ladeó la cabeza y sonrió. Cuánta inocencia y diversión, como si conociera algún secreto del universo que al resto se nos escapaba. Me entraron ganas de zarandearla.

—Ya lo sé. Pero ¿quién ha sido la número una en todas las asignaturas?

Cerré los ojos con fuerza. Un rubor empezó a subirme por las orejas.

—¿Y bien?

—Yo —mascullé. No me apetecía mirarla y toparme con su sonrisa petulante. No era que hubiera olvidado mis notas o que no tuviera más remedio que sobresalir porque mi beca pendía de un hilo. El problema era el de siempre: «¿Y si las calificaciones no bastaban?». Y estaba claro que mis pantorrillas podían ser más fuertes—. Pero...

—Esta misma mañana —Coralie no había terminado—, ¿quién ha dicho *madame* Demaret que era «una maravilla que observar» y «una imagen para el recuerdo»?

Un nudo se desató en mi pecho. Siempre me pasaba cuando Coralie estaba conmigo y me sujetaba las manos, radiante bajo los rayos de sol de media tarde como una especie de ángel con palabras de aliento que suavizaban mi aspereza. Estábamos las dos solas en el pasillo, sentadas en el suelo, como el día que nos conocimos, doce años atrás. Esperábamos a nuestros padres fuera de un estudio vacío, solas en la noche, y, aunque el chófer de su madre fue el primero en llegar, Coralie se negó a levantarse hasta que mi padre llegó de la obra. Y mira lo lejos que habíamos llegado. Las dos juntas.

Suspiré y me puse en pie. Aunque ya no me temblaban las manos, mi corazón seguía desbocado en el pecho, pero no podíamos retrasarlo eternamente.

—¿Vamos a impresionarlos?

—Y luego los recogeremos del suelo.

Coralie enlazó el brazo con el mío y entramos en el gigantesco estudio, inseparables. Nuestros compañeros se pusieron delante de la pared de espejos con sus cosas y se sentaron en el suelo; detrás de una hilera de mesas, los miembros de la junta directiva se erguían sobre sillas de alambre con trajes hechos a medida, vestidos impolutos y casi todos con los labios apretados. No fue hasta que me senté con las piernas extendidas hacia delante cuando por fin los vi a todos, tanto a los bailarines que hacían las demostraciones como a las personas que me iban a juzgar.

—Sabine tiene buen aspecto, teniendo en cuenta que la expulsaron de *Cenicienta* —observó uno de los chicos, y el estómago me dio un vuelco.

Allí, estirándose con un tobillo apoyado sobre la barra, estaba Sabine Simon, una *première* que acababa de ascender con el Ballet de París, graduada de la academia y mi exnovia. Era imposible confundir su rostro feérico y su cabellera rubísima, su cuerpo delgado y el maillot rosa con volantes en las mangas. Para ellos, la presidenta Auger y el director Granpré, Sabine era la viva imagen de la bailarina ideal, y de ahí que siempre la cogieran para las demostraciones, pero para mí era un recordatorio eterno de que, por lo visto, el amor y la ambición no pueden coexistir. El tiempo que pasé con ella lo dediqué a perfeccionar mi técnica, y ningún tipo de amor soportaría lo desagradable que era Sabine debajo de las capas de seda de *ballet*, cuando no se dedicaba a hacer piruetas perfectas. No hay ningún tipo de amor que soporte el *ballet*, solo el amor por el *ballet* en sí mismo. Ni la familia, ni tú misma ni, claramente, una novia que parece una muñeca.

Y para evitar mirarla a ella, clavé los ojos en la júnior de Sabine, la que la había superado: Joséphine Moreau. La nueva *étoile*.

La más joven de la historia en ascender, después de haber dejado boquiabiertos a los jueces y recibido el honor de participar en el estreno de la reciente temporada de *Cenicienta*. De hecho, justo antes de su encumbramiento, se publicó un artículo en que entrevistaban a bailarines de la compañía, tanto actuales como pasados; algunos de ellos afirmaban que se habían trasladado a otras ciudades porque la junta se había pasado varios años negándose a ascender a nuevas *étoiles*. Los antiguos bailarines hablaban de favoritismos; sus carreras se habían estancado y algunos se habían visto obligados a retirarse arguyendo políticas de exclusión que el *ballet* no admitiría nunca. Cualquiera que hubiese recorrido los pasillos dorados de la academia sabía que no era casual que hiciese años que no se añadiera ningún nombre a la lista de nombres chapada en oro. Y por eso lo de Joséphine fue tan notable: la única nueva *étoile* en casi una década, tan especial que era imposible negarle el talento, tan imponente que se limitó a coger lo que le pertenecía.

Estaba igual que en los carteles que habían pegado el día anterior: apenas parecía mayor que nosotros, con piel blanquísima, cuello largo de cisne, labios rosados, caderas delgadas, piernas kilométricas y pelo castaño reluciente. Estaba tan demandada que la sacaron de la academia antes de tiempo para que empezara la formación, y era un reclamo para llenar los teatros; Grandpré le guardaba papeles mientras ella asistía como artista invitada a funciones de San Petersburgo, Londres y Milán. Aun con toda clase de rumores pegada a su nombre.

Joséphine estaba conversando con un hombre alto y esbelto, de rostro elegante con rasgos asiáticos y una cabellera larga y teñida de blanco ceniza. Vestía un traje blanco de aspecto caro que se ceñía a su cuerpo, y cuando ella le dijo algo él se echó a reír, con lo que evidenció más si cabe lo guapo que era. Parecía un modelo y costaba quitarle los ojos de encima. Los dos jun-

tos, en esa cercana intimidad, atraían la atención: dos personas atractivas absolutamente pendientes la una a la otra, mientras la gravedad de la habitación se inclinaba por la luz que irradiaban.

—Vale, no es mi tipo, pero es el hombre más guapo que he visto nunca —murmuró Olivia.

Puse los ojos en blanco y barrí la sala con la mirada.

El hombre de blanco ignoraba sin problemas a Rose-Marie Baumé, sentada a la mesa, que lo observaba. Lo fulminaba, más bien. La madre de Coralie, con el mismo tono rubio que ella pero más suave y con la cara en forma de corazón, llevaba un montón de joyas y desprendía riqueza, con las manos cogidas delante de sí y los labios carnosos fruncidos por el desagrado. Una expresión que yo conocía bien, la que ponía ante un hedor, con la que dejaba claro que era diferente, que era consciente de que ese no era tu lugar, pero que decirlo en voz alta era de mala educación.

—¡Es el nuevo miembro de la junta! —exclamó Vanessa—. ¿Recordáis que os conté que me encontré con Joséphine en un bistró y que estaba con un hombre que parecía un modelo? Es un *nouveau riche*, está claro.

—Mi madre dice que se llama Ciro Aurissy —nos informó Coralie con obvia indiferencia mientras fingía contemplarse las uñas, que se había mordido hasta casi hacerlas desaparecer—. Pero no me ha dicho a qué se dedica. Apareció un día sin más.

—¿Cómo va a tenerlo todo Joséphine sin ser una bruja? —se lamentó Vanessa ante un coro de asentimientos.

Lo que a mí me resultaba más interesante era que Joséphine nunca hubiera negado las historias de que bebía sangre y hacía conjuros con cabellos, con lo cual no había hecho más que agrandar el aura de misterio que la rodeaba. El temor a una maldición y a la magia negra ponía nerviosa a su competencia y la convertía en una especie de genio.

A fin de cuentas, el mundo del *ballet* era un campo de batalla.

Rose-Marie se los quedó mirando a ambos, al chico que era demasiado joven para formar parte de la junta y a la chica que se había saltado demasiados peldaños en su ascenso.

En el *ballet* había una jerarquía, una estructura que especificaba quién aparecía y cuándo. Primero *étoiles*, luego *premiers*; primero *sujets*, luego *coryphées*; y por último *quadrilles*, con los aprendices en las cunetas. Cuando se abría la vacante para un papel, el *ballet* respetaba el orden de la pirámide, salvo cuando se trataba de Joséphine. Había dejado atrás el estatus de aprendiz y de *quadrille* en cuestión de semanas en lugar de años, había ascendido por encima de los *coryphées* como la *sujet* más joven de la historia. Ser una *première* y luego una *étoile* fue pan comido para ella, mientras sus competidoras se acobardaban a su paso y Adonis se personificaba a su lado. Juntos eran un verdadero fastidio para Rose-Marie.

De repente, a mí me caían muy bien.

Porque ¿quiénes eran ellos, Ciro y Joséphine, sino dos donadies capaces de alterar el orden del *ballet*? ¿Cómo lo habían hecho con tanta facilidad?

Joséphine saludó a una silueta oscura sentada detrás de la mesa. Era la única otra persona de piel oscura en el estudio además de mí, con el pelo negro en una especie de peinado revuelto a la moda y un traje negro impecable que procuraba disimular que también era muy joven para ocupar ese lugar. Garabateaba en una libreta que tenía en el regazo, pensativo y con el ceño fruncido, y, cuando ella se fijó en él, asintió para devolverle el saludo. La luz le iluminó el rostro ancho y dejó a la vista la preciosa nariz ancha y fuerte, así como los ojos caídos y melancólicos. De hecho, era impresionante, si te gustaban los hombres como él.

Que no era mi caso.

Curiosamente, la luz del sol que bañaba la sala parecía atenuarse en el rincón en el que estaba sentado, como una fotografía emborronada por los extremos. Las interferencias de un televisor roto y las sombras oscurecían una imagen que, para verla, yo tenía que entornar los ojos.

Le di un codazo a Coralie.

—¿Tu madre te ha hablado de un segundo nuevo miembro de la junta?

—No, ¿por?

—¿Ese no te parece un poco raro...?

Al girarme, vi que el amigo sin nombre de Ciro había vuelto a concentrarse en su libreta, con el rostro de nuevo en las sombras, y movía el lápiz a toda velocidad. La cansada penumbra que le adornaba la cara había desaparecido y había dejado tras de sí a un chico normal y corriente vestido con elegancia, nada fuera de lo común para Coralie. Habían sido imaginaciones mías, pues, o que se me había metido algo en los ojos.

La presidenta Fiona Auger dio una palmada y se dirigió hacia el centro de la sala. Todo el mundo se quedó quieto y callado, cautivado por el timbre suave de su voz.

—Bienvenidos a las pruebas para *Giselle*, la producción final de octavo curso. Vamos a empezar, ¿os parece?

* * *

Ver bailar a Joséphine era como ver tallar a un escultor: sabías que estaba tramando algo antes incluso de que la obra maestra se te revelara. Trazó líneas invisibles que ninguno de nosotros vio y pulsó teclas de la música que nadie percibió. Sus *sissonnes* eran de manual, sus posiciones intachables y sus *pas de bourrée* tan ligeros como una pluma.

Para dar comienzo a las pruebas, Joséphine, Sabine y uno de los solistas bailarines musculosos al que yo no conocía baila-

ron variaciones del final de *Giselle*. El hombre era un héroe de luto; Sabine, la reina cruel que lo obligaba a bailar hasta morir; y Joséphine, en el papel del fantasma de Giselle, dispuesta a salvarlo desde el más allá con su amor. Los saltos de él, los giros de Sabine y la gracia de Joséphine pusieron el listón y le mostraron a la junta cómo debía bailar un bailarín antes de que los estudiantes nos atreviéramos a intentarlo.

Ni siquiera Coralie, a pesar de su fingida apatía, pudo resistirse a mirar, con la boca abierta, subyugada por el embrujo de Joséphine. Todos los presentes estaban cautivados por su pena. Estábamos pendientes de cada movimiento, con la esperanza de que lograra salvar a su duque. Y cuando la música terminó y ella hizo una reverencia, ni siquiera sonrojada ni con la respiración acelerada, sin ni un solo cabello fuera de lugar ni una sola gota de sudor sobre la piel, aplaudimos tan fuerte que hicimos temblar las paredes.

Me hormigueaban los dedos de los pies en las zapatillas por las ganas que tenía de levantarme y probar suerte. No solo bailar: quería volar y elevarme y girar como ella. Necesitaba canalizarla, incorporar su esencia a la mía. Transformarme en Joséphine, con la junta directiva comiendo de mi mano, preparada para ofrecérmelo todo.

Gracias a esos movimientos, Joséphine se había convertido en intocable. Ese era la clase de poder que yo no sabía que quería: ser incontestable.

—Muy bien hecho —dijo la presidenta Auger después de aclararse la garganta y ponerse en pie entre los demás jueces. Su pelo plateado estaba recogido en su moño habitual, tan tirante que le levantaba las cejas, y llevaba un traje pantalón azul marino impecable; al volver al centro de la sala, observó a los de mi clase con la mirada de un halcón en busca de presas.

Casi todo el mundo les tenía miedo a ella y al hombre que

estaba a su lado, Hugo Grandpré, el director creativo de la compañía. Modelaban y destrozaban carreras, aunque la expresión sería de Auger me reconfortó tanto como me dio ganas de echar a correr. Había presidido las pruebas para la academia durante muchos años, y sus ojos grises brillaron al ver que yo acudía sola, y nada menos que en autobús. Con ocho añitos pero comprometida totalmente, avanzando en un vestíbulo abarrotado de madres de bailarines con la barbilla alta. Auger me dedicó un único y apenas perceptible asentimiento que me hacía saber que compartíamos el mismo interés, que irradiábamos la misma fiera. Y que me veía.

Cuando me dijo que me habían aceptado en la academia, eché a nadar por las aguas infestadas de tiburones de padres desesperados que se resentían por la mala fortuna de sus hijos, con una sonrisa victoriosa. Indestructible.

No pensaba decepcionarla.

—Mientras la junta hace un descanso, estudiantes, formad una fila para las evaluaciones individuales.

Coralie fue la primera en ponerse en pie, impaciente, mientras los demás tensábamos los hombros. Mi escaso desayuno se agrió en mi barriga al moverme hacia la barra para ocupar mi sitio.

Antes de las pruebas, querían que hiciéramos una fila para evaluarnos, y cumplimos sin mediar palabra, en primera posición, con los talones juntos y el típico uniforme de la academia, con el maillot negro, los leotardos rosas y la goma para el moño a juego.

Éramos pedazos de carne expuestos mientras preparaban una cena. Los miembros de la junta directiva esperaban hambrientos junto a las mesas.

Conforme nos examinaban, la presidenta Auger hablaba entre susurros con Grandpré, un hombre musculoso con la cabeza rapada y ropas demasiado ceñidas, famoso tanto por su carácter

como por su creatividad. Nuestro futuro coreógrafo si teníamos suerte. Frunció el ceño, decepcionado con lo que veía. Siempre parecía estar de mal humor, ya fuera al pasar junto a él por el pasillo o al hacer una reverencia en el escenario. Durante los días cálidos de primavera en que todas las puertas del estudio y del teatro se abrían para combatir el ambiente sofocante, sus gritos de rabia llenaban la ópera.

—La primera de la lista es Vanessa Abbadie —murmuró Auger, haciendo que Grandpré mirase la carpeta y a la primera muchacha de la fila.

En los exámenes, respirábamos hondo mientras catalogaban nuestro cuerpo en una escala de musculoso a gordo, comparando en voz alta, para que todo el mundo lo oyera, la curvatura de la posición de mis brazos con la precisión infalible de Olivia. Seis meses antes, fue la emotividad de Vanessa a la que debíamos aspirar, merecedora de salir noche tras noche al escenario principal, pero en los últimos tiempos la meta era Joséphine Moreau. Querían cuellos más largos, dientes más blancos, brazos más esbeltos, caderas más estrechas y muslos más torneados. Y disponíamos de unos pocos meses para arreglar lo que según él eran defectos antes de que empezaran las pruebas para la compañía.

—Joséphine es la chica que todas deberían querer ser a cualquier precio —masculló Grandpré, y pasó la vista hacia la *étoile* recién acuñada, que estaba en el suelo frotándose el cuello con una toalla—. Subid el listón para ser más como ella. —Solo el zumbido del aire acondicionado del techo le dio una respuesta.

Y de ahí que todas contemplásemos a Joséphine, flexible y pálida, que fingía no oírlo. No hacía ni dos años que era como nosotros, a la que le decían que había que ser como Sabine o como cualquier otro modelo mayor al que ella estudió y luego pasó a sustituir. Quizá al cabo de dos años una de nosotras la

devoraríamos. La odiábamos tanto como la amábamos porque nuestro sueño estaba atrapado entre su dentadura blanca y perfecta, colgando delante de nuestras narices.

El director se colocó delante de Vanessa y Auger la señaló como un mercader ansioso por vender sus bienes:

—Tiene las proporciones de Joséphine.

Y Grandpré se quedó observando a Vanessa un buen rato para fijarse en todos los detalles, desde el pelo sedoso y castaño hasta el hoyuelo de la barbilla, pasando por sus largas y fibrosas pantorrillas. El silencio se prolongó, ni siquiera los profesionales se atrevían a emitir un ruido. En el espejo, el único rastro de vida en la cara de Vanessa era el tic de su labio superior. La junta tomó asiento y entornó los ojos para calcular la anchura de la cadera de mi compañera.

—Sí, pero es demasiado alta —murmuró Grandpré haciendo un gesto desdeñoso con una mano. Auger tomó notas en la carpeta—. Más alta que las demás, así que incluirla en el cuerpo de baile podría dar problemas. Sobresaldría.

Auger asintió.

—¿Y para un *pas de deux*? Imagina que interpreta a la princesa Florine con Alain...

—Joséphine es capaz de hacerlo todo. —El director negó con la cabeza—. Queremos bailarines versátiles que brillen en cualquier papel.

Y así fue como terminó el turno de Vanessa, cuyos labios temblaron hasta fruncir el ceño, y pasaron a la siguiente.

—Recuerda a su madre, ¿verdad? —preguntó Auger delante de Coralie.

Rose-Marie Baumé era una de las mayores *étoiles* del *ballet*, que había llegado a ser modelo, magnate de la cosmética y miembro de la junta directiva, y mi mejor amiga era su viva imagen, desde las mejillas —siempre sonrojadas— hasta su perfec-

ta posición. La clase de belleza asquerosa que todo el mundo ansiaba, aunque en Coralie todo, desde el pelo hasta sus modales, era desenfrenado, casi hecho de rencor.

Nadie se dignó a fijarse en el fastidio que tensaba la mandíbula de Coralie mientras miraba fijamente hacia delante, como si los retara a seguir hablando. Auger no podría haber escogido peor cumplido.

—Sí, todos conocemos a la hija de Rose-Marie. —Grandpré a duras penas le echó un vistazo—. Tiene demasiadas pecas, pero servirá si la mantienes alejada del sol. —Se dirigía a Rose-Marie, cuya sonrisa se endureció. Entornó los ojos hacia su hija cuando el director se apartó de ella.

Y luego le tocó a una doña nadie de la clase, un rostro bonito pero con un atuendo demasiado sencillo, y aunque el atuendo de Olivia Robineau era casi perfecto, su cintura no era lo bastante estrecha. El primero de los chicos era Rémy Lajoie, demasiado musculoso, y luego Geoffrey Quý, que sorprendentemente no era lo bastante musculoso, aunque sus hombros anchos eran sin duda considerables. La chica que estaba delante de mí se echó a llorar cuando Grandpré le dijo que llevaba el pelo demasiado corto. Pero es que a ellos les importaban tanto los cuerpos como nuestra destreza y devoción, y con los años muchos bailarines de gran talento fueron descartados por detalles que no podían cambiar. O que no deberían haberles pedido que cambiaran.

No teníamos ningún poder para protestar. Aun así, me erguí cuando llegó mi turno.

—Laurence Mesny —anunció Auger. Con un dedito frío me levantó la barbilla para que mirase a los ojos de Grandpré. Era un cachorro que esperaba a que tiraran de la correa. Por encima de su hombro, la junta me observaba con poco interés. Ciro Aurissy frunció el ceño al verme. Su amigo ni siquiera se molestó en levantar la vista de la libreta—. Se han publicado las notas

finales, y ha terminado la primera de su clase en todas las asignaturas. Es astuta y perseverante, y tiene un arte innato.

Reprimí las ganas de sonreír por si me mostraba confiada en extremo. No les gustaba que una solista irradiase demasiada confianza.

Grandpré me miró de la cabeza a los pies y se acercó para examinar los restos de pelo rizado que había chamuscado y engominado para que me obedeciera. Mi piel era más oscura que la de las demás, mis hombros más anchos, y me latía el pulso en la garganta. Con los años había recibido toda clase de críticas supestatamente constructivas, a veces amables y en ocasiones muy crueles. Algunos me encontraban encantadora, otros aburrida. En función del día, era demasiado delgada o no lo suficientemente delgada, al mismo tiempo con mirada vivaz e inexpresiva, con la melena demasiado abultada y cara demasiado engreída. Me tragué todos esos comentarios con rostro impávido.

Contuve la respiración, tan ansiosa como reacia por saber qué veía el director en mí. ¿Y si querían algo que yo no podía darles? ¿Y si querían a otra persona?

Al final, Grandpré se encogió de hombros.

—Supongo.

Liberada de su hechizo, parpadeé a toda prisa y relajé la tensión de los hombros, aunque no me acordaba de haberme encogido.

—Sus hombros son un pelín demasiado anchos —dijo antes de pasar a la siguiente, cansado de mí y dejándome vacía. Después de dar un par de pasos, miró hacia atrás y añadió—: Y podría intentar adoptar una posición más suave. No tan estirada.

Noté el sabor de la sangre tras haberme mordido la lengua. «Estirada».

Ya nadie me miraba. Sabine se concentró de nuevo en lo que comía, Joséphine relajaba las pantorrillas y los miembros de la

junta se zamparon a la próxima víctima de la barra. El chico de pelo oscuro siguió apuntando cosas en su libreta, seguramente tomaba notas de nuestras humillaciones.

Le di vueltas una y otra vez a esa palabra en mi mente mientras el resto de las críticas desaparecían en un borrón. Ciega y entumecida, lo único que sentía era el sabor metálico de la sangre y el zumbido de mis oídos. No estaba cansada de la clase de la mañana, no estaba hambrienta por el desayuno que apenas había ingerido debido a los nervios. Apreté los nudillos en sendos puños a los lados porque, a pesar de todo lo que estaba acostumbrada a oír, esa crítica era nueva en mí.

De repente, era demasiado estirada.

Y entonces llegó el momento de empezar a bailar.